

temer los *excesos* de la libertad, que tanto pregonan todos los explotadores, porque les va muy bien de esta manera; y más conservadores han de ser los pueblos de lo que no puede menos que constituir su dicha, que no de lo que les sumerge en la desdicha.

Por todo lo cual, y porque es un derecho natural de todo ser, debe ser la libertad necesario fundamento social.

Igualdad La mejor garantía, la precisa condición de la positiva libertad, es la *igualdad*. Por no haber establecido la libertad con la efectiva igualdad social, es que las victorias liberales se han perdido. Todos tenemos un igual orden de necesidades, como tenemos un mismo derecho. Para todos es la Naturaleza y de todos es el patrimonio social. Al tratar del trabajo, hemos demostrado cómo ninguno puede bastarse a sí mismo, y que la labor socializada es la que satisface con exceso todas las necesidades: obra es de todos, de justicia es que para todos sea su utilización. Por otra parte, si no existe el trabajador explotado y acaparado el trabajo de muchos por unos cuantos, es de todo punto imposible la irritante desigualdad que hoy reina. O el trabajo y el trabajador son libres, y planteada queda de hecho la positiva igualdad social, o de cualquier modo que se exploten los esfuerzos de otros la desigualdad subsiste, la libertad desaparece, continúa la tiranía y el general malestar se perpetúa. No hay otro dilema. Siendo esto axiomático, la obra emancipadora no será efectiva si no figura entre los fundamentos sociales el principio de la igualdad.

También un principio tan justísimo y natural como éste es fuertemente combatido por toda suerte de manguoneadores de la cosa pública y de explotadores de toda calaña, por la cuenta que les tiene, ya que toda su posición social se basa en la desigualdad, y se comprende que así sea por esta razón de propio egoísmo. Pero lo raro es que hombres de talento, que figuran en

primera fila, sostengan con cierta convicción que la igualdad social no está en la Naturaleza; y en ello hemos de ver cuánto influye en el ánimo el peso de las preocupaciones dominantes por muchos siglos, puesto que de tal influencia no se libran entendimientos bien expertos y al parecer muy despreocupados. Precisa verdaderamente sufrir la obsesión causada por una historia larguísima de errores profundos para que pueda afirmarse que la desigualdad es la natural condición humana. ¿En qué se apoya tal absurdo? En que cada ser tiene necesidades distintas y una intelectualidad diversa; y como ni las necesidades ni las pasiones, ni la inteligencia son iguales en todos los individuos, parten de esta base para construir su castillo de sofisticos razonamientos, y llegan á la conclusión que la igualdad es un ilusionismo imposible de trocarse en hecho real y positivo.

Analícemos brevemente esa doctoral afirmación. Es cierto que cada individuo es distinto a otro en lo físico, en lo moral, en todo; que uno es capaz de llegar a alturas extremas, y que otro será siempre un desdichado. Ello está en la Naturaleza, y por esto es tan bella e interesante: dos cosas exactamente iguales no se encuentran. La variedad es hija del movimiento; la igualdad física sólo se comprendería con la inercia, el quietismo, la muerte. Perfectamente. Todo esto es racional, naturalísimo. Pero, ¿es esa la igualdad que proclamamos nosotros, los más ardientes partidarios de que el individuo, en sus diferenciaciones, genialidades, sentimientos, aptitudes, pueda vivir satisfecho, sin ser cohibido en sus naturales impulsiones, pueda conducirse como mejor se acomode con su temperamento, con sus deseos? No hay un hombre igual a otro; pero ambos necesitan comer, dormir, trabajar, amar, y cuanto es común a todos. ¿Se negará esta igualdad? ¿La Naturaleza ha señalado a uno una parte y otra a otro? ¿No ofrece a todos sus frutos igualmente? Que uno consuma más que otro, ¿impide que todos tengan